

Carlos Arturo Torres y Santiago Pérez

Escribe: **HORACIO RODRIGUEZ PLATA**

La obra intelectual de Carlos Arturo Torres, múltiple en sus manifestaciones literarias, fecunda como la que más en su misión docente, honda en su contenido filosófico, ha legado a las generaciones que lo sucedieron una enseñanza cada vez más digna de análisis y de acatamiento.

Imposible fijar en breves líneas, como las del momento, la vastedad de su mensaje aleccionador. Concretémonos por tanto a una sola de sus inquietudes de magisterio cívico, la cual prevalece en todas las facetas de su mensaje de maestro y que es la substancia, el fin y la concreción de su magna tarea de pensador: la tolerancia como garantía de la paz, como base esencial del progreso, como condición para el sosiego del espíritu.

Pueden escribirse y se han escrito, especialmente en estos días de su centenario natalicio, densos ensayos sobre lo que fue el crítico literario, el poeta y traductor, el historiógrafo, el sociólogo, el periodista, campos en los que descolló y se hizo grande e imperecedero. Más es saludable insistir en este aspecto de su tarea mental, porque Colombia, esa tierra a la que tanto amó y sirvió, vuelve a estar necesitada, y quizás hoy tanto como en los tiempos en que Torres predicaba la tolerancia, de que sus gentes no olviden y por el contrario practiquen las doctrinas de la convivencia ciudadana, de la libertad de opinión, de que las ideas como todo sean susceptibles de evolución y de que por consiguiente es indispensable destruir el fanatismo, los prejuicios y la superstición, vengan de donde vinieren. Es por tanto conveniente el que continuemos dándole vigencia al idearium de Torres sobre la postura en que deben colocarse los seres humanos para alcanzar el equilibrio cívico y emocional.

Hay dos americanos, figuras cimeras de la intelectualidad, que se hermanan en el pensamiento y que simultáneamente dejaron para la posteridad vasta obra fundamental contenida en doctrinas sobre las cuales coincidieron. José Enrique Rodó y Carlos Arturo Torres, cuya posición mental ha sido objeto de profundos ensayos de los cuales sale enhiesta la figura de nuestro compatriota. Empero hay también dos colombianos,

eminentes cumbres del pensamiento, que acaso equiparados nos son más cercanos y que bien merecen el intento, así sea somero, de aproximarlos en su idéntica concepción filosófica y política: Carlos Arturo Torres y su maestro no solo en la cátedra universitaria, el insigne don Santiago Pérez. Uno y otro mantuvieron insomne preocupación por establecer el reinado del derecho sobre el fundamento del respeto a las ideas y del análisis transaccional de ellas. Ambos con igual fervor, posiblemente en Torres con más extensión y sin duda con mayor ascendiente, lucharon por la vigencia de principios pacifistas en los cuales creyeron con fe indeclinable. Pérez murió en el exilio, en momentos aciagos para la patria, Torres en cambio, en sus últimos días, tuvo la satisfacción de apreciar cómo sus ideales comenzaban a penetrar en la conciencia de sus compatriotas y se hacían realidad en el movimiento político conocido con el nombre de republicanismo y en una promisoría generación, injustamente denostada hoy, y que continúa entregándole a Colombia hombres selectos, gentes de paz y de pro, la del Centenario.

La vida de ambos es la de la cátedra, la del pensador, la del hombre de austeras concepciones, la del enamorado de las soluciones pacíficas, la del sociólogo que escruta con sagaz percepción las intimidades y la exteriorización del alma individual y colectiva, que encuentra la raíz de las dolencias sociales, que busca con solícito afán una cura para el enfermo espíritu ciudadano. Quizá no se haya hecho hasta ahora esta comparación de dos colombianos representativos de una ideología tan auténticamente liberal y cuyas actividades de escritores mantienen dilatada similitud.

Literatura de Ideas fue el título que el egregio hijo de la noble villa de Santa Rosa de Viterbo dio a su discurso de recepción como miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua, precisamente el día en que con sobra de merecimientos ocupó el sillón que había enaltecido don Santiago Pérez. Y lo apellidó así porque él creía que la literatura, que el comunicarse con los demás por medio de la palabra escrita, debe tener ante todo una finalidad concreta, el arte puesto al servicio de las eternas aspiraciones humanas, en lo político, en lo moral, en lo económico, arte de escribir ennoblecido por profundas y útiles ideas que son las que hacen, al decir de Galgau, la gran poesía y la gran literatura. En esta posición mental fue Torres, si no completamente original, sí un revolucionario, un inconforme, un divulgador de tesis con perfiles y proyecciones altamente singulares. Don Santiago Pérez igualmente en su tiempo creyó que el escribir no solo era para solazar el espíritu, para crear únicamente la belleza formal, para expresar sentimentalismos. Díganlo sus famosos discursos del Ateneo, de la distribución de premios universitarios y de los funerales de Murillo Toro, personaje de que tan devoto fuera también Carlos Arturo Torres. Ambos a una consideraron que poesía y prosa, no podían tener un sentido de quietud, de contemplación estática, sino de enseñanza, de admonición, de transformación. No le tenían pues miedo a las ideas ni tampoco a las nuevas palabras surgidas del desarrollo y del progreso. Pidieron sí respeto para unas y otras. Es así como Torres escribe: "Cuando la noble literatura busca sus inspiraciones en la realidad viviente e interpreta, con la sinceridad irrevocable del arte, algunas de las ideas trascendentales que agitan en un momento dado la mente de los hombres,

cumple una misión dos veces plausible: consigna y fija, por una parte, las necesidades y aspiraciones de una generación; aquilata depura y ennoblece, por otra, esas mismas aspiraciones con el prestigio de la palabra escrita y de la forma consagrada. Las cultas sociedades modernas, por ejemplo, poseen, como su característica intelectual más relevante, un espíritu crítico que no puede tolerar la mentira ni el convencionalismo y una delicadeza exquisita que no soporta bien la percusión de afirmaciones demasiado categóricas y demasiado violentas: de ahí un florecimiento de obras serenas y que marcan y definen, en los dominios del arte literario, lo que ya empieza a llamarse renacimiento del idealismo, el cual se apoya sobre una aspiración intensa y durable de nuestra naturaleza. Las creaciones literarias que interpretan esta modalidad del intelecto contemporáneo son documentos de inestimable valor y a fuero de sinceras y humanas alcanzan, a mi ver, una perfección de forma y una elevación de concepto que han de graduarlas de clásicas cuando reciban las sanciones purificadoras del tiempo". "El literato no debe ser solamente un cincelador exquisito del sagrado vaso de la forma, sino que debe ascendirar en su mente el divino licor del pensamiento: ha de tener 'cura de almas' y verter a manos llenas sobre los corazones, la generosidad, la piedad y la verdad, como los sacerdotes las bendiciones sobre las multitudes prosternadas. Ya lo había dicho un gran pensador que fue al propio tiempo un luchador y un apóstol: 'la poesía debe ser la facultad de simbolización puesta al servicio de una grande idea'".

Y lo anterior lo amplió aún más Torres en estas palabras que resumo: la producción literaria debe encaminarse a un fin de educación social, de formación de la conciencia colectiva de estas democracias, sobre fundamentos de paz, de amor, de tolerancia y de cultura. En efecto, la delicada austeridad en el pensar, el sentimiento amplio y magnánimo, la honradez y dignidad del escritor, pueden ser parte no pequeña en la exaltación de los destinos intelectuales y sociales de nuestros Estados de la América hispana. Por su parte Santiago Pérez, afirmaba: "Mantener el orden no como esclavitud, sino como armonía; preconizar la ciencia, no como poder, sino como virtud y aprender a amar la libertad no como belleza, sino como justicia".

Los dos fueron admirables estilistas en esta tierra colombiana que ha dado los más grandes cinceladores de la palabra escrita, acaso hasta ahora ninguno los iguala. Y así con estas ideas y con esta forma preciosa de escribir, ambos colombianos cumplieron la más alta misión de la mente humana cual es la de fundar y de conciliar, no la de demoler y refutar. De ahí que tanto el uno como el otro, derivaran su acción a la defensa de una ideología que sin dogmatismos, estuviera siempre dispuesta a sostener con fervor los derechos de todos en aras del progreso social. Para ambos la historia de la humanidad no ha sido otra cosa que la búsqueda de la libertad. Necesariamente tenían que ser irrevocables defensores de las doctrinas de la tolerancia y también algo eclécticos en sus concepciones filosóficas.

Para Torres, la dignidad y elevación de la razón humana se miden por su capacidad de eclecticismo conciliador, por la variedad de concepción, que sea apta a armonizar y por la suma de supersticiones de que

se haya liberado. Por eso dijo en su famosa carta a Paul Bourget: "El creyente inaccesible a toda vacilación gravita peligrosamente sobre un abismo. Contra el fiero ideal de la cristalización del pensamiento milita y prevalece el postulado científico de la evolución mental". Opinión que hace aún más suya cuando en uno de sus magistrales capítulos de *Idola Fori*, expuso: "Todo concepto erigido en dogma es un principio de tiranía, que comienza por ser meramente ideológica para trocarse, cuando la hora llega, en el impulso que enciende la hoguera o levanta la guillotina".

En su estudio sobre la *Evolución de las Ideas* acentuó aún más estos conceptos y los hizo prácticos y trascendentales en el terreno de las realidades sociales y en el campo del desenvolvimiento de nuestro pueblo. Don Santiago Pérez también había expuesto tesis similares. No podían ser otra cosa, ambos en consecuencia sino fervorosos defensores de la paz y decididos enemigos de nuestras guerras civiles. Un tanto utópicos, es cierto, pero con una convicción gallardísima que a veces los coloca en la categoría de apóstoles. "Las revoluciones armadas comienzan proclamando un principio y acaban aclamando un hombre: en su origen pueden ser un acto de varonil independencia, en su triunfo son por lo regular un acto de meneguado servilismo", escribió don Santiago Pérez.

Predicaron el evangelio de la convivencia y se propusieron encaminar a sus conciudadanos por las sendas venturosas del sosiego público. El zipaquireño enseñó al santarroseño ilustre, que la paz "por cuanto da luz a todos los espíritus y fuerza a todos los brazos; por cuanto premia con la riqueza al trabajo y al ahorro; por cuanto asegura el poder a la justicia y a la opinión y garantiza la tranquilidad a la inocencia y a la virtud, es la perenne felicidad de los pueblos y la visible glorificación de sus próceres".

Ambos condenaron la violencia, que a la postre no soluciona nada y sí engendra el odio y la desolación. "El odio es una incapacidad de los pueblos para ser grandes y una falta de merecimientos en los hombres para ser libres" enseñó Pérez, al paso que Carlos Arturo Torres dedicó toda su vida y escribió un libro inmortal para destruir los ídolos que son causa del desorden. En esa obra dejó este párrafo lapidario: "Hay el fanatismo de la religión y el fanatismo de la irreligión; la superstición de la fe y la superstición de la razón; la idolatría de la tradición y la idolatría de la ciencia; la intransigencia de lo antiguo y la intransigencia de lo nuevo; el despotismo teológico y el despotismo racionalista; la incomprensión conservadora y la incomprensión liberal". Con razón escribió en recientes días un distinguido boyacense, Gonzalo Vargas Rubiano: "la filosofía de Torres tiene una raíz colombiana pero un acento universal".

Torres tuvo el derecho de discutir al general Uribe Uribe la inconveniencia de declarar la guerra al gobierno de Sanclemente, a pesar de que había muchas razones que la justificaban, él tenía que ser lógico con sus convicciones y no por ello dejó de ser liberal, fue entonces, al lado de personajes como José Camacho Carrizosa, Eduardo Rodríguez Piñeres y Laureano García Ortiz, el abanderado de la paz. La intolerancia y el fanatismo han causado en la historia de la humanidad más víctimas y más desgracias que todas las enfermedades juntas, que todos los más grandes cataclismos de la naturaleza. Filosóficamente la tolerancia es un corolario de

la ley de equilibrio de la naturaleza que se extiende a las ideas. No es como lo creen algunos hija de la magnanimidad de los hombres ni menos especie de limosna que los vencedores dan a los vencidos. La tolerancia es condición necesaria para que el hombre pueda vivir sobre la tierra. Pero para que se entienda bien su finalidad, rectamente aplicada, cabe traer la siguiente cita de un brillante expositor: "la tolerancia no es abdicación de principios, sino el reconocimiento del derecho que tiene cada partido, cada persona, de trabajar por la realización de sus ideales. No implica la suspensión de la lucha pacífica de las ideas que necesariamente existe entre partidos antagonistas; al contrario, supone esa lucha, solo que exige que en ella los contendores respeten recíprocamente sus derechos. No supone tampoco ni el silencio ni el reposo; ella solo vive en medio de los movimientos de los partidos y bajo el imperio de la libertad. La tolerancia que predica el despotismo es el reposo y se llama servidumbre y la del silencio que es como la entienden los mercenarios se llama envilecimiento.

La tolerancia no es complicidad, que si lo fuera, a los hombres tolerantes en vez de buscarlos entre los grandes ciudadanos de una nación iríamos a encontrarlos entre los reclusos de una penitenciaría. La tolerancia es la primera de las cualidades de un hombre público, y no adquiere toda la plenitud de su fuerza sino en las almas generosas y en las grandes inteligencias. De aquí que inspiren tanto desprecio todas esas nulidades que incapaces de tener personalidad en su propio partido, van so pretexto de tolerancia a implorar de rodillas un puesto entre los vencedores, como si ella, en vez de relacionarse con la circulación de las ideas, tuviera que ver algo con el servilismo de los hombres".

Para enaltecer aún más la obra del boyacense universal conviene recordar una de sus estrofas más dicientes:

*Poco me importa que alabeis mi canto:
recoged mis ideas,
que por la causa eterna las levanto
en luchas giganteas.
Amo la poesía, mas la llama
encendida en mi pecho,
con más ardor en mi entusiasmo clama
las lides del derecho.*